

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Oslar, Espíritu Santo, 18.—Madrid

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.

Suscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas.— Por un año 4.— A los corresponsales 2'50 la mano.

POBRE..... CHICA.— Por La Cerda.



Y lo que me sobraba me lo guardaba un militar.

EL LUJO.

TENEMOS los españoles el vicio del lamento en todas las cuestiones sociales. Nos creemos el país peor gobernado del mundo, y cuando vamos al extranjero no podemos resistir ciertas prácticas del poder á que no estamos acostumbrados.

Creemos que no hay pueblo más ignorante y embrutecido, y cuando visitamos Londres ó San Petersburgo y tocamos lo que es aquella plebe brutal, nos parecen señoritos nuestros chulos y campesinos.

Nos figuramos que en parte alguna hay estadística criminal más horrible, y cuando abrimos un periódico extranjero nos espanta el relato de crímenes, imposibles en nuestra nación.

Reñimos batallas por una libertad política de que creemos estamos careciendo, y no hay pueblo más libre para hacer cada cual lo que le parece, hasta en perjuicio de los demás, que España.

Pues otro tanto sucede con el lujo de nuestras mujeres; creemos que no hay mujer más despilfarradora que la española, más amante del lujo y del derroche, y nos equivocamos de medio á medio.

La dama española más ostentosa sería una excelente administradora de cualquier potentado parisien, ruso ó austriaco; la querida más exigente sería el mismo comedimiento al lado de cualquier *horizontal* á la moda de París, de Washington ó de Viena.

Aquí las mujeres gastan, pero no tiran; tienen lujo, pero no desenfreno; tienen deseos, pero no tiránicos caprichos.

Aquí es excepcional el caso de banqueros arruinados por el lujo, mientras en otros países es frecuente el suicidio de personajes de la alta banca, arruinados por las dilapidaciones de sus mujeres ó de sus queridas.

¿Qué novedad extraordinaria ofrece nunca en Madrid la dama de la aristocracia, la mujer del bolsista, la entretenida del duque A ó del conde B, que fije la atención de las gentes?

Ninguna.

En casos de grandes solemnidades palatinas, salen á relucir los viejos trenes, con los mismos caballos empenachados con los colores de la casa, los mismos lacayos y palafraneros con viejos trajes de zarzuela, de oro ennegrecido, y casacas y chupas arrugadas como trajes de guardarropía; las viejas marquesas y duquesas con las mismas joyas de familia que usaron sus abuelas, en las cortes de Carlos III y de María Luisa, cuando más, ó remontadas por Marzo ó Ansoarena, ó de nuevos modelos adquiridos á cambio de los antiguos.

¡A esto llaman la *fastuosa corte* de España!

Cualquier *demi-mondaine* parisien se presenta con más lujo y más gusto en las carreras del Hipódromo ó en el Bois de Boulogne.

¿A qué se reduce, pues, ese lujo desatentado

de que se quejan en el casino, padres, maridos y amantes?

Se reduce á que gastan mujeres, hijas y entretenidas, más de lo que dan de sí las rentas ó sueldo del pagano.

¡Nos admiramos aquí de que Fernán-Núñez se gaste en un baile, á que concurre la familia real, 40 ó 50.000 duros, y no hace mucho que los periódicos extranjeros daban cuenta de no recordamos qué recepción, cuyo gasto se calculaba en un millón de francos!

Se habla de una Fulana de Tal, que gasta una fortuna al año.

Esa fortuna, por lo regular, la costean tres ó cuatro señores abonados á una misma mujer. á la que entretienen en comandita por 2 ó 3.000 duros al año cada uno; pero todavía no hemos visto ninguna locura de esos potentados, como las que vemos llevar á cabo con sus queridas los jóvenes ricos de París, y los príncipes, cuyas fortunas devoran las *mangeuses d'hommes* de la gran metrópoli francesa.

En números anteriores describíamos ligeramente lo que es el *demi-monde* madrileño, bastante modesto seguramente para lo que es en otros países. Ese *demi-monde* que allí lleva la batuta en la moda y el *confort*, aquí vive oscurecido y apenas si se nota en público su existencia.

Esas mundanas que cambian de trenes y de mueblaje cada cuatro ó seis meses, que juegan fuerte, que tienen palacios y cascadas de brillantes, y fondos en el Banco de París, y juegan en la Bolsa, y hacen viajes al extranjero, y deslumbran por su lujo personal, sus carruajes, sus trineos, sus cabaillerizas, sus orgías, sus extrambóticos caprichos, son las rivales de las mujeres del gran mundo que compiten con ellas, y en esa competencia se verifica un desbordamiento de lujo como por aquí no tenemos idea.

¿Qué es nuestra Dolores la... ó Cocha X... ó Blanca R... al lado de las Nana, Cora, la Cabello de Oro ó la Rusa, alguna de las cuales ha gastado, según nuestras últimas noticias, siete millones de francos en los últimos cinco años!

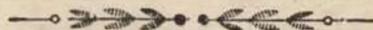
¡Lujo! ¡A qué hablamos de lujo en país como España, donde no hay una peseta, y donde todo huele todavía á convento y á estudiante sopista!

Aquí el lujo es la miseria envuelta en paños de seda.

La mayor parte de los salones que se abren en invierno y cuyos esplendores cacarean cuatro revisteros cursis, son representaciones de los salones de Cachupín, y por eso hace tanto estruendo una recepción extraordinaria de Fernán-Núñez ó de cualquiera otro de los pocos potentados que gustan de que su nombre suene con justicia por la esplendidez de sus recepciones.

En Madrid no hay lujo; hay oropel y falso, y desde el palacio hasta la bohardilla, se oculta entre trapos y descoloridos encajes esa terrible sociedad que gira bajo la razón social de Miseria y Compañía.

DIODORO.



LA TRAICIÓN

(Conclusión)

—No jures, infame, ó te arranco la lengua y te abofeteo con ella el rostro. ¿De dónde venías ahora? Dí, contesta, por qué vuelves la cara, mírame, mírame de frente y contesta, añadió Anatolio dando una bofetada á Roberto.

—¡Oh! es demasiado, rugió Roberto, dando un salto y despojándose rápidamente de la cazadora.

—¡Así, hombre, así! Gracias á Dios que me has comprendido. dijo con risa convulsa Anatolio, mientras imitaba á su rival. ¡Ea, señor mío, en guardia y que Dios proteja al que tenga razón!

Los aceros chocaron en un primer encuentro, vibrando como dos reptiles de acero, enroscándose, huyendo, volviendo á tocarse, ondulando hasta que uno de los reptiles desapareció en un cuerpo que cayó pesadamente á tierra.

—¡Muerto! murmuró el conde retirando el florete.

Luego vistiose apresuradamente, abrió la puerta y subió la escalera con vertiginosa rapidez. Llegó al cuarto de su mujer, que aún estaba en el lecho.

—Levántate y sígueme, dijo con voz cavernosa el conde.

Amelia llena de espanto ante la actitud descompuesta de su marido y adivinando en el fondo de su conciencia que alguna gran desventura la aguardaba, se lanzó del lecho, púsose una bata, se calzó unas chinelas y siguió á Anatolio, que la mostraba la puerta con ademán imperativo.

Amelia bajó la escalera sintiendo que su cuerpo se doblaba, y asiéndose de la baranda de caoba para no rodar los escalones.

—Entra, la dijo el conde, empujándola en la puerta de la sala de armas:

Después la asió de una mano, y la condujo al lado del cadáver de Roberto.

—Mírale, mírale por última vez, exclamó, porque vas á morir.

Un grito estentóreo desgarró el pecho de la infortunada culpable, vaciló un momento y cayó de rodillas al lado de aquel cuerpo exánime que empezaba á cubrir la palidez marmórea de la muerte.

Anatolio descolgó de una panoplia una magnífica pistola cargada, y se dirigió á su mujer que, sollozaba.

—Amelia, la dijo: nuestros padres nos unieron cuando apenas nos conocíamos por los retratos que cambiamos. Yo ignoraba entonces que ese semblante tan dulce era la máscara conque una víbora se disfrazaba. En diez años de matrimonio he llegado á amarte como jamás hombre alguno amó á su mujer. Mi mismo amor me hizo tan confiado, que en la única ocasión en que un hombre ha habitado bajo nuestro mismo techo te he entregado á tu libre albedrío, te he dejado á su lado como hubiera dejado á mi hermana junto á un hermano mío. Pues en esa única ocasión, tú me has vendido. No me amabas, y ha bastado ponerte á prueba una sola vez, para que tu desamor triunfase del decoro, y te entregases en los brazos de ese hombre como una adúltera vulgar y caprichosa. Él camina ya por la eternidad; pero como no sería justo que hiciese el viaje solo, vas á acompañarle.

Amelia separó las manos de sus ojos, levantose de un salto, y abriendo la ligera tela de su bata que dejó al descubierto su magnífico seno, exclamó:

—Sí, mátame; lo merezco. No me verás vacilar.

Anatolio se pasó la mano por la frente inundada de sudor.

—¡Matarte! ¡Si me parece tan poco! contestó.

—Escoge entonces el tormento conque hayas de saciar tu venganza, si nó se satisface con mi muerte.

Anatolio sentía desarmada su cólera ante aquella resignación.

—Le amabas mucho, ¿verdad?

¡Oh! no lo digas, no lo digas, añadió cerrando los ojos y rechazando con la mano aquella respuesta que iba á desgarrarle el alma.

—Anatolio, mátame, haz que yo no sufra más; te lo ruego por... tu amor.

—Por mi amor, por mi amor, infame, que has pisoteado, que has escarnecido. ¡Oh si no hay paciencia para oír esto! ¡Pues no invoca mi amor para morir! ¿Por qué no lo tuviste presente cuando me engañabas, miserable? ¿Por qué entonces no te dijiste que ibas á hacer desgraciado para toda la vida á un hombre que te había entregado nombre, fortuna, corazón, tranquilidad, dicha? .. ¡todo!

—Tú me abandonabas, tú olvidabas que yo era joven.

—Pero no que eras una dama, que él era un caballero, un amigo, el amigo más querido, el único tal vez á quien de verdad dí ese título. Y tú y él, abusando de esa ciega confianza mía, burlasteis al esposo y al amigo, creyendo que no había una Providencia reveladora. ¡Ah, miserable, miserable! Esa providencia me guió al lugar del crimen; esa Providencia puso ante mis ojos ese pañuelo y esa aguja que yo mismo coloqué en tus eabellos el último día de tu santo, coronándolos con el timbre de mi noble y honrada casa; esa Providencia dió fuerza y destreza á mi brazo para atravesarle el corazón con mi florete, y esa Providencia te pone delante de mí como reo de muerte, pálida, avergonzada, esperando morir como un supremo bien. ¡Oh! sí, no quiero que sufras toda la vida la tortura horrible del remordimiento. Aún te amo bastante para concederte ese indulto de una vida de desesperación. Vas á morir, sí; es la última prueba de mi cariño. Piensa en Dios, y muere.

Amelia cruzó los brazos sobre el pecho, cayó de rodillas, cerró los ojos y esperó.

Anatolio apuntaba al pecho de su esposa.

Un segundo más y la fatal sentencia quedaba cumplida.

Pero Anatolio sintió que su mano, aquella mano firme que había dado muerte á su rival, temblaba; una nube de sangre cubrió sus ojos, desvió el arma, volvió el cañón sobre su frente y disparó.

El conde rodó sobre el cadáver de Roberto.

.....
Dos días después, los periódicos de Zaragoza y después los de Madrid, daban cuenta de aquellas desgracias en los siguientes términos:

«En la posesión que los condes de Selva-Humbría tienen por residencia veraniega en las faldas del Moncayo, ha ocurrido el lunes una de esas desgracias que cuentan con pocos precedentes, y en la que hay dos víctimas, el conde y el conocido diplomático y hombre político D. Roberto Villena, vizconde de Alíamar, indicado para ministro de Estado en la formación del futuro gabinete que viene anunciándose hace días.

El vizconde, que se hallaba de temporada en la casa de sus íntimos amigos los condes de Selva-Humbría, en ocasión de hallarse ejercitándose en la esgrima del florete con su amigo, tuvo la desgracia de ser mortalmente herido por éste, de cuyo florete se había desprendido inadvertidamente el botón. El conde, al ver caer á su amigo, fué presa de tan horrible deses-





LA TRAICIÓN (Véase la novela)

peración, que se saltó la tapa de los sesos sobre el cadáver del vizconde. Su virtuosa viuda se encuentra actualmente enferma de alguna gravedad en la quinta, donde han acudido inmediatamente los padres del conde con las eminencias de la ciencia médica de Zaragoza.

Lamentamos, etc.»

Un año después, la misma prensa de Zaragoza daba la siguiente noticia:

«La virtuosa viuda del malogrado conde de Selva-Humbría, que ha ingresado en la orden de las Hermanas de la Caridad, ha salido ayer con varias de estas heroicas mujeres hacia los puntos infestados á hacerse cargo de los hospitales de coléricos establecidos en los pueblos de Aragón donde más estragos hace la epidemia.»

Y un mes más tarde decían aquellos periódicos:

«Entre las víctimas que ha causado el cólera en el distrito de Huesca, se cuenta la virtuosa hermana de la Caridad doña Amelia Valcárcel, condesa viuda de Selva-Humbría.»

Y nadie se hubiera atrevido á tachar de aquel suelto una palabra, porque para merecer en el mundo el dictado de virtuoso, basta sólo parecerlo.

E. DE LA CERDA.

FIN

UN HIDALGO ESPAÑOL

Creíamos que había desaparecido la clase en España, desde que veíamos á los hombres tratar á las mujeres con todo el desdén de que es capaz nuestra mala educación, y hasta hacerla víctima de tratamientos inhumanos que á veces llegan

al crimen como diariamente revelan esas noticias horribles de asesinatos cometidos en las personas de inermes mujeres.

Pero vemos que aún andan por el mundo verdaderos y dignos descendientes de nuestros hidalgos abuelos, defensores de la honra de las españolas hasta el punto de exponer su vida por ellas.

Según escriben de Port-Bou á *La Publicidad* de Barcelona, se ha verificado un duelo á pistola en los Pirineos, entre un joven español de 17 años de edad, llamado D. C. de V., conde de V., que reside habitualmente en Barcelona y colabora bajo pseudónimo en varios periódicos españoles y franceses, y un oficial del ejército francés, á consecuencia de ciertos conceptos vertidos por este último en un café de Cerbere, con respecto á la reputación de las españolas en general.

Habiéndole pedido con insistencia aquel joven, que á la sazón se encontraba allí, que retirase aquellas palabras, y negándose á ello el militar francés, le mandó dos padrinos, que con otros dos amigos de éste, concertaron para el día siguiente el lance de honor. En éste cayó el francés bañado en sangre, con una herida grave en el brazo derecho, cerca de la espalda, habiendo sido conducido en una camilla hasta bajar de la montaña y después en el tren á Perpiñán.

SIEMPRE VÍCTIMAS

En España, donde tan poco camino se ha abierto al porvenir de la mujer, habíase llegado á realizar un progreso que permitía á algunas jóvenes tener una decorosa posición en oficinas del Estado; tal era el empleo en los telégrafos que desempeñaban, previo reguroso examen, algunas pobres jóvenes y aun señoras mayores.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID



EL HIPÓDROMO DEL PORVENIR

Hasta ahora el personal femenino de telégrafos no ha visto seriamente amenazada la institución; pero seguramente el Sr. Mansi, director del ramo, aunque de abolengo progresista, no ve con mucho gusto ese progreso, y ya que no pueda abolir el cuerpo de telegrafistas hembras, le trata con un rigor inusitado con toda clase de funcionarios públicos.

La draconiana orden del Sr. Mansi, disponiendo que diez días al año de falta de asistencia al servicio, determinan la expulsión de la telegrafista, aunque el motivo de esas faltas sea tan justificado como una enfermedad probada, ha causado penosísima impresión en la opinión pública, que no se explica tanta dureza en quien, por su apellido, debiera ser un cordero en dulzura.

Según tenemos entendido, son muchas las aspirantes á ser empleadas, y acaso el Sr. Mansi, acosado por los compromisos, haya decidido aclarar las filas del cuerpo de auxiliares de telégrafos, poniéndose de acuerdo con la naturaleza á la que rogará en sus oraciones reparta gástricas y constipados sin misericordia entre las telefonistas para poder dar entrada á sus compromisos personales.

Había de añadir el Sr. Mansi á su torpe gestión como Director de Correos esta nueva hazaña para que de él quede memoria eterna, aun entre el sexo débil, que agradecería hoy al Sr. León y Castillo, que entre sus reformas pensase en la cesantía del Director general de Correos y Telégrafos, tan funesto á un ramo como al otro.

¡Así sea!

LOS AMORES DEL REY MAORÍ

¡Qué título para una novela de Verne ó un baile de gran espectáculo!

La historia trágica de estos amores la han publicado los periódicos australianos, y es una de tantas historias románticas como pasan en la vida real.

El rey de los maoríes se llama Trawsaio, y es hombre guapo en su clase, apasionado en los amores y terrible en la guerra.

Hace algunos meses llegó á la Nueva Zelanda una famosa actriz inglesa, miss Genoveva Ward, al frente de una compañía de opereta. La actriz era linda, graciosa, provocadora. El rey maorí fué á verla y quedó prendado de ella.

No sabemos si á la diva la sedujo la idea de esclavizar aquella majestad exótica; tal vez con alguna que otra mirada furtiva atizó la hoguera que ardía en el pecho del valeroso Trawsaio. Ello es, que el rey se declaró.

La misiva real era un modelo del género; pocos amantes europeos podrían escribirla tan seductora. El rey ofrecía su mano y el trono maorí á miss Ward, y para quitarla escrúpulos, y como prueba de su pasión, la prometía matar á sus cuatro esposas.

La bella actriz, despreciando honores y riquezas, y aterrada ante la idea de enlazar su suerte á la de aquel Barba Azul, dió calabazas á Trawsaio.

Cuando el fiel mensajero de éste llegó á presencia de su señor, por poco no le mata el rey; gracias que, imitando la conducta de David cuando trataba con Saul, tuvo la precaución de evitar el golpe. Mientras tanto, miss Ward, buscando el amparo de las autoridades, suspendía sus representaciones y marchó á refugiarse en Sydney.

El rey no se dió por vencido. Antes al contrario, el desdén y la ausencia acrecentaban su pasión. Flotó un barco, tomó el mando de él y marchó en pos de la bella fugitiva.

Una tarde, Genoveva Ward, la célebre diva, paseaba tranquilamente por la playa con una amiga y las olas plateadas venían á besar sus piecitos de hada. No lejos de ella había anclado un buque, sobre cuyos palos no se veía bandera de ninguna clase.

De repente, la actriz se siente cogida por unos brazos vigorosos, levantada en alto y trasportada con gran rapidez. El terror la hizo desmayarse. Cuando recobró el conocimiento estaba en el fondo de un bote, el agua rodeaba la embarcación, cerca de ésta se veía el barco que antes había contemplado desde la orilla, y en la playa la amiga de miss Ward agitaba los brazos y gritaba llena de desesperación.

Los brazos que habían levantado en alto á la actriz eran los del rey Trawsaio, que con algunos de sus guerreros estaba oculto tras unas rocas, sabiendo que aquella playa era el paseo favorito de Genoveva Ward.

El rey volvió á la Nueva Zelanda con el objeto de sus amores á bordo.

Pero como el rapto es un crimen penado por todos los Códigos civilizados, los ingleses han resuelto no dejar impune la exaltación amorosa del rey Trawsaio. Y hé aquí cómo si los maoríes no se someten habrá guerra entre ellos é Inglaterra, y el rey raptor perderá su trono por una actriz, ni más ni menos que como si fuera un potentado europeo.

ACCIDENTES FEMENINOS

Los periódicos franceses contienen extensos pormenores acerca del terrible drama ocurrido en París en la calle de Albouy.

En dicha calle existe una casa habitada por mujeres de vida airada, y conocida en el barrio con el nombre de Hotel Bonssard.

En el segundo piso vivía una joven morena, elegante, de 20 años de edad, y llamada Lea Heritier.

Hace cosa de un año, conoció, por su desdicha, á un joven llamado Mario Blanc, que servía de mozo en un hotel de la misma calle.

Durante los primeros tiempos se mostró afectuoso con Lea; pero no tardó en mostrar sus perversos instintos.

Mario era un hombre vago y perezoso, que sólo deseaba vivir á costa de su amiga, sin dedicarse á ninguna clase de trabajo.

No había día en que no se suscitaran graves disputas, en las que repetidas veces tuvieron que intervenir varias personas de la vecindad.

A consecuencia de uno de aquellos altercados, Lea denunció á su amante, el cual fué detenido y condenado á sufrir tres meses de cárcel.

Salió de Mazas el 24 de Julio último, é inmediatamente se dedicó á buscar á su querida, á la que cierta noche encontró en el boulevard Magenta. La pobre muchacha no quiso escucharle, y á duras penas logró refugiarse en su casa, huyendo de su perseguidor.

Varias veces la encontró después Mario en la calle, y por medio de amenazas, consiguió sacarle algún dinero, sin haber vuelto á reanudar con ella sus antiguas relaciones.

No se sabe á punto fijo cómo Blanc pudo introducirse en la habitación de Lea; pero lo cierto es, que al cabo de media hora de haber entrado éste en su domicilio, se oyeron terribles gritos y voces de ¡socorro! que alarmaron profundamente á todo el vecindario.

Las personas que trataron de derribar la puerta, se vieron obligadas á retroceder apresuradamente ante el revólver con que Mario las amenazaba.

La infortunada Lea no cesaba de gritar:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡que me matan!

A los pocos instantes no se oyó rumor alguno.

De pronto se abrió la ventana del cuarto que da á la calle y presentóse en ella un hombre medio loco, en mangas de camisa y con la mirada extraviada, agitando por encima de los transeuntes una cabeza de mujer, cuya sangre llegaba hasta el suelo.

Acto continuo el asesino ató la cabeza por los cabellos á la falleba de la ventana y se disparó en el pecho cuatro tiros de revólver.

Mario Blanc acababa de vengarse de su querida y de hacerse justicia por su propia mano.

Cuando la autoridad entró en su habitación, solo encontró en ella dos cadáveres.

Hé aquí ahora cómo había ocurrido la escena:

A los pocos momentos de encontrarse Mario con Lea se suscitó una acalorada discusión, á consecuencia de la cual empezó á romper los muebles, los espejos y los relojes, y hasta un armario de luna que derribó con estrépito. Después sacó un cuchillo, y precipitándose sobre su víctima le infirió dos heridas, una en el pecho y otra en el hombro izquierdo.

El médico del barrio, llamado á toda prisa, declaró que ninguna de las dos lesiones era mortal, circunstancia demostrativa que Lea vivía aún cuando Blanc le cortó la cabeza.

Este permaneció muerto en la ventana por espacio de tres cuarto de hora, hasta la llegada del comisario de policía.

Los agentes de Orden público que habían derribado la puerta, tuvieron la precaución de cubrir la cabeza con una servilleta.

Los dos cadáveres permanecieron en la posición en que fueron encontrados por el comisario de policía, el cual esperó para el levantamiento la presencia del tribunal.

La multitud que había en la calle, estaba consternada.

Como se hallaba en suspenso la acción de la justicia, á causa de la muerte del culpable, los dos cadáveres no fueron conducidos á la Morgue.

En Serre (Salerno) ha ocurrido hace pocos días un suceso espantoso.

Un sugeto, llamado Tomás Grosso, tenía dos hermanas de extraordinaria belleza y de una austeridad que formaba contraste con las insistentes declaraciones y repetidas cartas de los jóvenes del país.

Eva y Diana se limitaban de vez en cuando á saludar á algunos de sus admiradores, sin darles esperanzas de ningún género.

Entre los enamorados galanes, consiguió, no obstante, abrir brecha en el corazón de las niñas un tal Nicolás Cornetta. Este no sabía por cuál de las dos decidirse, comprendiendo que tanto Eva como Diana le amaban con locura.

Al fin se decidió por Eva y la pidió en matrimonio á Grosso, el cual consintió desde luego, celebrándose la boda al cabo de algunas semanas.

A los seis meses de matrimonio, despertose nuevamente el amor de Cornetta hacia Diana, no sin haberse amortiguado el que profesaba á Eva.

Diana correspondió á Cornetta, y sorda á la voz de la conciencia, se dejó arrastrar por la pasión que la devoraba.

Al fin llegó Eva á tener conocimiento del hecho. Guardó silencio en un principio; pero después de grandes sufrimientos resolvió comunicar el secreto á su hermano Grosso.

Este, lleno de indignación, se dirigió inmediatamente á su cuñado, le suplicó que le acompañara al campo, le acometió con violencia y, sacando un cuchillo, le hirió repetidas veces, dejándole muerto á sus pies.

Corrió después á su casa y entró en el cuarto de Diana, á la que encontró sola. Al verla, le disparó un tiro en el corazón y acto continuo se entregó á la justicia, declarándose autor del crimen que acababa de ejecutar.

De un crimen horrible cometido con extrañas circunstancias da cuenta la prensa francesa.

En la casa núm. 14 de la calle Coissy de Anglas existe un despacho de tabacos, á cuyo frente se halla una señora, la viuda Reux, que por razones de economía sirve personalmente su establecimiento.

El jueves último, poco después de las once y media de la noche, Ma t. Roux se disponía á cerrar la puerta de su despacho, cuando apareció un individuo que había sido su parroquiano en otro tiempo y que ella conocía con el nombre de barón Didier.

Como el supuesto barón había desaparecido un año antes al de la escena que narramos, madama Roux, que quizás no pensaba volver á verlo en todos los días de su vida, no fué dueña de reprimir un movimiento de sorpresa.

Pero el individuo en cuestión se lanzó rápidamente sobre ella, sacó un cuchillo y, sin pronunciar palabra, le dió dos cuchilladas en el cuello, otra en un hombro y la cuarta en la espalda.

El último golpe fué dado con tal fuerza, que el asesino hizo esfuerzos infructuosos para retirar el arma; el cuchillo permanecía incrustado en la espalda de la víctima, que se defendía desesperadamente al mismo tiempo que gritaba:

—¡Socorro! ¡Al asesino!

Una de las personas que por allí pasaban, cogió del brazo al asesino, que logró evadirse y emprender la fuga, aunque perseguido le cerca por el aprehensor y por una perrilla de la víctima, que ladraba desaforadamente y que no calló hasta que un agente detuvo al fugitivo.

Entre tanto, varios vecinos que habían acudido al oír los gritos de Mad. Roux, la encontraron tendida en el suelo y perdiendo la sangre, que abundante manaba de sus heridas. Al levantarla para conducirla á su habitación, advirtieron que el cuchillo continuaba clavado en su espalda, é hicieron todo lo posible por arrancarlo, mas con tan mala suerte, que se partió la hoja, quedando por consiguiente, la punta dentro de la herida.

Mientras esto pasaba, el comisario de policía sujetó á Claudio Demangeot—tal era el nombre del asesino—á un minucioso interrogatorio.

—¿Qué motivos ha tenido Vd. para matar á madame Roux?—le preguntó el magistrado.

—Pero, esto es un error—contestó Demangeot.—Yo no he herido á nadie, yo soy un modesto empleado del comercio, y no un asesino.

—¿De dónde proviene entonces la sangre que mancha sus vestidos? ¿Qué explicación da usted de las heridas que tiene en la mano derecha?

—Todo esto se explica fácilmente—respondió Demangeot sin perder su sangre fría:—he querido desarmar al asesino que me hirió en la lucha; le abracé con tal fuerza para sujetarlo, que la sangre manchó mis vestidos.

Como Demangeot contestara con serenidad pasmosa, el comisario dispuso un careo con madama Roux. Ya en presencia de ésta, dijo que madama Roux y él habían tenido una reyerta acalorada, y que ciego por la cólera, le había tirado el cuchillo al cuello.

—Miente usted—dijo Mad. Roux.—Ni una sola palabra ha mediado entre nosotros.

De las pesquisas practicadas por la justicia resulta que Demangeot ha extinguido siempre, bajo distintos nombres, diez condenas por robo y atentado al pudor.

Conducido á la cárcel, ha hecho gala de un cinismo sin ejemplo.

—Yo estoy dotado—dijo—de las más brillantes facultades. Si la sociedad me hubiese ayudado, yo hubiera podido ser un grande hombre, pero me ha negado su apoyo. Mi primera falta no procede de mí, sino de otros. Como la fatalidad es quien me ha conducido al crimen, yo no soy culpable. Por lo demás, si ustedes quieren mi cabeza, tómela.

Demangeot es un joven que viste con suma corrección, aunque con alguna extravagancia. Las personas que han hablado con él dicen que sus ojos despiden á veces relámpagos que atemorizan.

El estado de Mad. Roux es desesperadísimo. La punta del cuchillo, que no ha podido extraerse pone en grave peligro su vida.

La prensa alemana nos da á conocer las causas que originaron el suicidio de una de las más celebradas cantatrices de uno de los teatros de Berlín, acaecido hace pocos días.

El 12 del corriente, á las siete de la tarde, salió de su casa la señorita Erdosy, con objeto de dirigirse, según dijo, al teatro Valhalla, donde debía tomar parte en una de las operetas de repertorio.

Esperada en vano por espacio de algún tiempo, fué encontrada al cabo de una hora en el Jardín Zoológico, echada en tierra é inundada en sangre, aunque con vida todavía.

La infeliz se había disparado un pistoletazo en la sien derecha.

Trasladada al hospital, recobró los sentidos y tuvo fuerzas para revelar su nombre al médico y declarar que ella misma había atentado á su existencia. Dijo que buscasen unas cartas que tenía en el bolsillo, y expiró.

La Erdosy era una de las cantantes de opereta más en boga en Berlín por su viveza é inimitable gracia. Tenía 30 años y pertenecía á una distinguida familia de Viena. Ganaba 1.600 marcos al mes y con sus ahorros había comprado una finca en Hungría.

Una de las cartas estaba dirigida al conde R...,

de Berlín, y otra al procurador del rey, en la que le suplicaba que hiciera practicar la autopsia de su cadáver para que se demostrara su virginidad.

He aquí ahora cómo se explica el misterio de su muerte.

El conde R... le había hecho la corte en Hamburgo, habiéndole dado palabra de casamiento.

Al regresar á Berlín, tardaba más de lo regular en cumplir su promesa, inventando excusas é interponiendo obstáculos, falsos ó verdaderos.

Cierta día llegó á indicar algunas sospechas acerca de la inocencia de la vida de la cantatriz.

Esta guardó silencio y resolvió contestarle matándose y disponiendo que se practicara la autopsia de su cadáver.

ASUNTOS VARIOS

Trátase en París de resucitar los talles altos de nuestras bisabuelas y las faldas ceñidas. Se acabarán, pues, los talles de avispa, una vez que se piensa subir la cintura hasta cerca de los hombros.

Otra moda de este invierno consistirá en llevar las mangas de los vestidos de las señoras de colores distintos á los del traje, como los de los jockes.

Los pájaros-moscas harán su aparición en los sombreros femeninos. Parece que ha llegado á París, procedente del Brasil, un verdadero cargamento de estos volátiles, y como hay que colocarlos de alguna manera, los van á colocar en los sombreros.

Según escriben á *El Defensor*, de Granada, en un pueblo de aquella provincia las jóvenes casaderas se han declarado independientes, y las fugas de parejas de novios se repiten que es un contento. A tal extremo ha llegado el abuso de esta libertad, que al pasar hace pocas noches un mozo por la puerta de una casa donde vivía una chica de diecinueve años, como la encontrase en la puerta y le dijese, por decirle algo—¿Quieres venirte conmigo?—ella le contestó:—Sí que me ire; y cuando el joven llegó á su casa quedose sorprendido al ver que la chica había cumplido tan fielmente su oferta que, con el lío de sus ropas en la mano, estaba esperándole.

No disfrutaron paz por mucho tiempo, pues á los dos días riñeron, y entonces el novio cogió á la resuelta muchacha de la mano y llevola á casa de su madre.

Anuncios de bodas en Madrid.

Don Carlos Groizard, diputado y diplomático, con la bella hija de los marqueses de Terán. La boda se verificará en Ollauri.

Don Alfonso Pérez de Guzmán, heredero de los marqueses de Santa Marta, con la hija tercera de los de la Torrecilla.

Don Alejandro Travesedo, primogénito de los marqueses de Casariego, con la hija de los de Campo Sagrado.

El marqués de Monasterio, hijo de la duquesa de Medina de las Torres, con la baronesa de la Joyosa.

Don Pablo Rózpide, con la hija del ex ministro don Venancio González.

Las tres hijas de una marquesa viuda, que parece se casan á la vez.

ALFABETO ILUSTRADO

BONITO LIBRO CON INFINIDAD DE CROMOS PARA REGALOS DE NIÑOS Y QUE PUEDE SERVIR PARA APRENDER Á LEER SIN NECESIDAD DE MAESTRO

Precio: UN real

Al comercio, dos pesetas la docena, franco de porte. Los pedidos, remitiendo el importe en libranzas, á D. Guillermo Osler, Espíritu Santo, 18.—Madrid.

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18. Madrid.